

LA SINRAZÓN DEL TERRORISMO Y EL DOLOR DE LAS VÍCTIMAS

José Manuel Rodríguez Uribes es
Director General de Apoyo a Víctimas del
Terrorismo del Ministerio del Interior del
Gobierno de España

Comenzamos una nueva legislatura y ETA sigue matando. Desaprovecharon, como otras veces (tantas veces) una ocasión inmejorable para desaparecer. Tuvimos menos ayuda de la que debimos tener, pero ya da igual. En este nuevo tiempo, el Estado de Derecho seguirá combatiendo el terrorismo en cualquiera de sus formas. Porque lo peor del fanatismo terrorista es su desprecio a la libertad y a la vida humana. *El fin justifica los medios* es su bandera, aunque el fin sea imposible y los medios inhumanos.

Escribo estas líneas minutos después de visitar en Sevilla a Juan Torrebejano, víctima de un atentado en el Consulado de Francia de la ciudad hispalense en 1979. Su esposa, Fina, una mujer que merece todos los reconocimientos del mundo, nos recibió con una sonrisa *incompatible* con su sufrimiento de tantos años. Juan lleva 29 años postrado en una cama, prácticamente inmóvil. Lee todo lo que cae en sus manos, mientras su mujer se ocupa de él diariamente y le niega la mayor: “no hubiera sido mejor si hubieras muerto”, le dice. “Me has guiado en muchas cosas de la vida”, añade, mientras le mira con ternura. Juan, por si no fuera poco con lo que tiene, se siente culpable por seguir vivo. ¿Pensarán los terroristas alguna vez en esto, en el daño irreversible que causan? Toda la familia, pero especialmente Fina, han vivido en torno a Juan, queriéndole y sosteniéndole el ánimo. No quiero emocionarme y mantengo el tipo. Me gustaría tener todo el poder del mundo para satisfacer sus pretensiones y reconozco humildemente que la legislación vigente no nos permite todo. Creo que ellos me entienden. Juan habla por los codos, con una información desbordante, fruto de tantos años rodeado de libros. Pide estar en un espacio abierto que le permita ver los árboles, el cielo y las flores que Fina cultiva con esmero en el jardín. “No en vano, cuando trabajaba, fui florista”, me dice, como si ahora no trabajara. ¡Y es el sostén y el alma de la casa! Su hija bromea con el padre, y le recuerda que le tocará a ella limpiar los cristales. Lo dice con la boca pequeña y con medida sonrisa, pero yo la entiendo. Es una chica joven y guapa, embarazada de su primer hijo, que junto a sus hermanos, ha estado siempre pendiente del padre. ¿Pensarán los terroristas alguna vez en todo esto? Reconozco que me hierve la sangre. Juan, con mirada inteligente y con su rostro todavía joven, me subraya que lo que hemos hecho por las familias de Carlos Palate, Diego Estacio, Raúl Centeno, Fernando Trapero, Isaias Carrasco o Juan Manuel Piñuel, no se había hecho nunca, y es verdad, pero pienso también que para ellos no es suficiente, porque no podemos devolverles al hijo, al padre o al esposo. La solidaridad, por grande que sea, no puede con el dolor y con la soledad. Es lo único que consiguen estos

canallas. Ni vencerán, ni convencerán; solo destruirán familias, muchas humildes y desconocidas, la mayoría, todas supervivientes de por vida.

El AVE, tras despedirnos de Joaquín Vidal, Presidente de la Federación de Víctimas y de la Asociación andaluza, nos devuelve al Ministerio del Interior donde se esperan nuestras noticias, muy especialmente el Ministro, Alfredo Pérez Rubalcaba, concedor directo (y discreto) del dolor de las víctimas. En el viaje recibo una llamada de M^a Victoria, viuda de Piñuel, a la que informo de los trámites de nuestras ayudas. Le interesa poco y le digo lo orgullosa que debe estar su hijo de tener una madre como ella. En estos momentos siempre he pensado cómo estaría yo, y no puedo resistir el pensamiento más de dos segundos.

Hace unos días vino a la Dirección General de Apoyo a Víctimas del Terrorismo, Isabel Casanovas, otra gran mujer que perdió a su hijo y a su ex marido en los atentados de 11 de marzo de 2004. Esta es la auténtica similitud del terrorismo local y del terrorismo internacional: el daño que hacen. Estas madres, cuando se ven, se reconocen en un dolor común, igual e intransferible. Lo recuerda siempre Pilar Manjón. Les da igual quién lo causó. Saben que son fanáticos armados de una visión del mundo destructiva, de una “ensoñación totalitaria” como recordó en el Congreso el portavoz de Interior del grupo socialista, Antonio Hernando. Unos, *yihadistas* violentos, los otros, *nacionalistas identitarios*, igualmente violentos. En realidad, delincuentes enloquecidos, asesinos sin escrúpulos. Ambos, generando tragedia en un mismo espacio, la España democrática y plural, reconocida y potenciada muy especialmente en los últimos años. Porque ni la pobreza, ni la opresión política o cultural caracterizan al País Vasco. Gobierna desde hace 30 años el nacionalismo propio, aunque, eso sí, retrocediendo (democráticamente) y, en todo caso, gobernando una sociedad, igual que la española, compleja, diversa y plural, que no admite fórmulas uniformadoras y dogmáticas. M^a Victoria, la viuda de Juan Manuel Piñuel, me recordaba emocionada el calor que recibí de la sociedad vasca en el funeral de Estado celebrado en Vitoria. Ese es el pueblo vasco que merece la pena.

Comencé estas líneas escribiendo sobre nuestra experiencia humana con algunas víctimas del terrorismo, en lo que representa el día a día de nuestra labor. He terminado haciendo una reflexión genérica de naturaleza política. Quizá es inevitable, porque el terrorismo, a diferencia de otros delitos violentos, pretende también destruir nuestro sistema de convivencia. Es tan repugnante que el daño *real*, las víctimas, para ellos es colateral, es un *mal necesario*, un instrumento para un fin que, mínimamente pensado, es incompatible con la democracia y con la paz, con el derecho a la diferencia, con el respeto al otro, con la vida y con la libertad.

Tenemos por delante un gran reto, como señaló Alfredo Pérez Rubalcaba en su comparecencia en el Congreso, en la primera de esta legislatura: promover, con el consenso de todos, una nueva ley de protección y reconocimiento a las víctimas del terrorismo, fundamentada en los principios de solidaridad y de atención integral, que les reconozca nuevos derechos y que actualice y racionalice la respuesta normativa frente a la violencia terrorista, tenga ésta la naturaleza y el alcance que tenga. Tenemos mucho trabajo hecho pero ahora toca concretarlo. La unidad de todos, fuerzas políticas y sociedad civil (en particular, las víctimas) será la garantía para que tengamos éxito.